

Faustino, el zombi (V1.3)

Yo conocí una vez un zombi.

Ocurrió en Praga, en una dura y fría noche de invierno en la que los taxistas no paraban y el viento azotaba las calles con furia desatada.

Él se llamaba Faustino. Faustino siempre me pareció un buen nombre para un muerto y a este le iba tan bien y tan ajustado como un calcetín. Y con el mismo olor. No usaba guantes y tenía las manos largas y la piel -a la luz mortecina del bar- de un color ceniciento. Supe que era un zombi por su olor y su forma de mirar. Dejaba parte del ojo en blanco y miraba arriba y lejos, como si un inexistente sol le hiriese la mirada. Pero lo hacía así incluso para pedir un café.

Los camareros también lo conocían de antiguo. Le servían diligentemente, siempre, sin atisbos de enojo o molestia. Y siempre café. Faustino lo bebía lentamente, con movimientos quizá largo rato ensayados, pero anquilosados aún -tal vez- por lo estrecho de su tumba. Luego de beber su brebaje lo dejaba lento sobre el mostrador de cinc y uno de los camareros, el primero que lo viese, enseguida le ponía otro. El ojo de Faustino parecía agradecer el servicio cuando pestañeaba.

Salvo por su olor corporal, me gustaba Faustino como vecino de barra. Era un zombi callado y sabía escuchar. De vez en cuando asentía con la cabeza y sus movimientos denotaban la sabiduría del que ha visto el otro lado y ha vuelto y sabe que no merece la pena contarle.

La noche que lo conocí acababa de devorar un cerebro para cenar y estaba -según supe luego- más parlanchín que de costumbre. Según Julián, el camarero joven, había dicho dos veces NO cuando el Padre Armario quiso darle por enésima vez la extrema unción. Era un cura medio andaluz e insistente que había perdido la ELE de su apellido con el

uso y Faustino, o lo que de él quedaba, se encontraba en su lista de almas a redimir. Habrá quien piense con buen criterio que un zombi no tiene alma. Pero los curas saben. También se recogen varios estudios, incluso alguna película cinematográfica, que muestran zombis con alma y arrepentidos. Por ejemplo el libro "Del vudú y su practica" de Lazlo Swendorfg. El vudú siempre ha sido una religión muy interesante para toda la familia. Sobre todo para los miembros de la familia que están muertos.

Aquella noche supe por vez primera de las desventuras de lo que una vez fue un hombre feliz y ahora se caía, literalmente, a pedazos. Supe de la agonía de un infarto –con todos sus pormenores- y de su resurrección como zombi atontado en otro continente, un zombi que pronto descubre que para ser inteligente necesitar comer como un buen chico para crecer. Cerebros preferentemente.

Una vez dado cuenta de su estado y después de vagar inútilmente por la Martinica, Nueva Orleáns, el estado de Florida y volver desde allí en barco a España sin probar la sal en ningún momento y enrolado como jefe de almacén en un mercante... Faustino quiso buscar su destino. Una vieja candomblé le había dicho que necesitaba uno, que todos los no-muertos tenían un destino que cumplir y que el suyo residía en Praga, se llamaba Alberto y, además de ser un cabrón que le había quitado la empresa, la novia y sus dos cacatúas, le había convertido también en un zombi después de envenenarlo.

Por si le hacía falta preguntarle algo acerca de las cuentas, dijo la vieja negra.

Así que aquí estaba Faustino ahora, en un bar de las afueras de Praga, contándome su historia más reciente. Supe así de la entrada en su historia de Carla, la gitana hippie, de cuando Faustino –siempre dudoso- había ido a su gabinete a solicitar asesoramiento.

*** **

El letrero de metal dorado que habían atornillado al parecer no hacía mucho a una de las puertas de madera sólida del rellano admitía pocas dudas. Carla Calgary, Falomante.

Debajo, centrado y en letra más pequeña, decía: Y Filtros de Amor.

Imagino que Faustino pensó que el horario de 4 a 8 era el horario capaz de alguien que se gana bien la vida. Para eso estaba él aquí. Para que alguien le hablara de cómo arreglar su vida, o lo que había sido de ella y poder descansar al fin. Aunque tuviera que bajarse los pantalones.

Faustino me dijo que alejó sus elucubraciones con un gesto y miró la hora, las diecisiete en punto. La hora de la cita. Llamó al timbre.

La mujer que abrió podía ser una buena ama de llaves para cualquier tipo soltero, acomodaticio y poco quisquilloso. Era una mujer joven a la que calculó de 30 a 35 años; bien conservada y con un cuerpo casi atlético a juzgar por lo que se veía explícito en su atuendo. Vestía una camisa blanca con los faldones anudados por encima de un ombligo adornado por una piedra azul, y unos pantalones vaqueros cortados por debajo de las rodillas y ajustados a sus caderas, cuidadosamente rasgados en algunos puntos. La mano que sujetaba la puerta tenía las uñas muy cuidadas y pintadas de negro y sus ojos parecían lanzar extraños destellos. Tenía las pestañas larguísimas y los aros de plata que colgaban de sus orejas le daban un aire entre sensual y exótico que pronto se encargó ella misma de eclipsar con un aire distante y antipático que frunció entre sus labios llenos. A Faustino los desodorantes no le abandonaban, huían de él. La mujer echó un vistazo oscuro de arriba abajo al zombi y con un meneo de cabeza le indicó que pasara. Faustino traspuso el umbral de la casa y esperó. La mujer lo adelantó y él pudo ver los rotos de un pantalón que contenía y descubría parte de la carne del trasero poderoso; la miró con cierta hambruna y siguió en silencio su caminar descalzo en línea recta hacia las profundidades de la casa por un suelo de madera encerada y antigua que apenas crujió.

La casa estaba caliente y silenciosa y olía a una extraña mezcla de aires y sabores que Faustino no supo reconocer de inmediato. El aroma de un incienso suave y dulce se aliaba con el de la madera vieja y noble y con algunos rescoldos de olor a los que no lograba nombrar y que se asemejaban, más que remitían, a los que permanecen a veces en las alcobas donde se ha amado mucho.

Accedió al interior de una habitación resguardada por una cortinilla de cuentas multicolores. Allí la luz era escasa y rojiza pero pudo ver la mesa camilla presidiendo el centro de la estancia, tal y como había imaginado en todas sus tentativas previas de visita. La mesa estaba cubierta de un tapete verde que nunca había conocido el brillo de los naipes. Una bandeja de metal de forma ovalada y 20 cms de largo era el único adminículo brillante –casi obsceno, pensó-, que había sobre el tapete. La luz que incidía frontal sobre ella parecía originarse en una lámpara de mesa de billar a la que le habían acertado el foco.

“El juego me persigue”, pensó Faustino. Mucho tiempo después de este relato, en otra noche desquiciada, el zombi que una vez fue Faustino, me contaría sus aventuras en las ruletas y mesas de BlackJack de Barcelona. Pero eso es otra historia...

La mujer se perdió un instante en la oscuridad del cuarto y acercó luego dos sillas de madera. A él le dio la que crujía y no tenía cojines. Era mucho más alta que la otra y el asiento quedaba dos dedos por debajo del ras de la mesa.

~ Siéntese.

Ella se sentó también y él pudo ver su mirada imposible de bruja mirarle a él. Quizá expectante.

Él se removió inquieto en la silla y jugueteó con la bandeja entre las manos, bajo la luz. Tuvo que inclinarse un poco para poder hacerlo. Su ojo derecho se perdió en la lámpara.

- Creo que me viene pequeña – dijo. Luego sonrió.

- Eso dicen todos.

Faustino se removió un poco más.

- Bueno – dijo.- ¿Le pago ahora o cuando termine?

La mujer no dijo nada. Bajó la mirada y la dejó sobre la bragueta de él casi físicamente, posada como un insecto pertinaz, pesada como una caricia. El zombi la sintió así y no pudo evitar un nuevo removimiento de silla y un par de carraspeos. Para su sorpresa no estaba nada excitado.

“Es como la visita al urólogo”, pensó. “Y ella no la sostendrá con el bolígrafo. No hay bolígrafos aquí”. Cuando era niño Faustino fue operado de una pertinaz fimosis. El urólogo aquel le había dicho que se la sacara y se la sostuvo con un bic naranja sujeto por dos dedos finos enguantados de latex. Aquel bic naranja persiguió a Faustino durante muchas noches en sus sueños más infantiles y húmedos.

Se llevó las manos a la cintura y comenzó a desabrocharse el cinturón. La mujer miró sus manos cenicientas. Faustino bajó la cremallera de su pantalón como si esta frase fuera el inicio de al grano de un relato erótico. Retrepó un poco la silla y quedó varado a merced de la mirada bruja que lo había hechizado con toda aquella parafernalia, con la ropa a media asta, inclinado como un barco a pique y con los brazos como velas arrumbadas por las olas. Al menos así se sentía en aquel momento. Sus labios lograron susurrar una frase a la que la mujer sólo respondió un qué.

- Que si me lo quito todo...

Los hombros de la encantadora se encogieron. Estaba acodada en la mesa y no parecía impacientarse. Al menos no cobraba por minuto. El zombi pensó esto mientras terminaba de descargar los pantalones y

recordaba que aquella mañana se había puesto un calzoncillo limpio de los ochenta, de aquellos de lycra azul y que había quien llamaba slip. No tenían agujero. Si querías mear tenías que bajar toda la cosa de la cintura y dejar la goma tirante bajo los cataplines con el consabido riesgo. Nada de una discreción semejante – pensó ahora –, como el útil y urgente agujerito.

Acertó a sentarse a la par que sus pulgares jalaban de la goma y sujetó esta, con rara habilidad, justo al final del pene. Fue tan rápido como la caída del telón al final de una mala obra. En aquella fracción de segundo, de una manera tan breve como el fogonazo de un flash, imaginó actores guillotinado por un telón justiciero, la misma fracción de segundo que duró el breve dolorcillo del elástico sobre sus testículos.

La mujer parecía esperar que él se relajara. Su postura acodada y casi indiferente había pasado a ser la figura del águila acechante en las montañas, aparentemente tranquila pero dispuesta, pasiva y sin embargo y siempre, dominante. Para cualquier espectador imparcial y con menos fantasías que Faustino, sólo había ladeado la cabeza.

El hombre acomodó el trasero en la anea de la silla y respiró hondo. La mujer empujó un poco la mesa y ésta se ajustó bajo los cojones ocultos del hombre obligándole a abrir las piernas. Cogió la bandeja de plata y la colocó bajo su flácido miembro sin apenas tocarle.

-Relájese – ordenó.

- Me vendría bien una copa.

- El alcohol mata – dijo ella.

Después de un breve escrutinio la bruja habló:

- Por el color morado se que esto ya esta muerto. Sin embargo veo muchos hijos y algún viaje. Habrá felicidad en el futuro. Las cosas se acomodarán a sus deseos. Son 120 euros y ya puede guardársela.

Faustino lo hizo y sacó el dinero.

~ ¿No ve sangre?~ preguntó.

~ Sólo en las erecciones, pero no haga caso. Las venganzas no tienen porque ser sangrientas. Usted logrará vengarse.

*** **

Después de aquello Faustino entró en el primer bar que vio para darse fuerzas y así fue como me contó su historia. Me ofrecí a ayudarlo. Me encantan las buenas venganzas ajenas. Además, nunca desperdicio la sangre tirándola toda por ahí cuando mato. Los vampiros nunca hacemos esas cosas.

© Albaroth, 2004

Relato registrado a nombre del autor JMLarumbe.
Todos los derechos reservados por el titular del copyright.